



## ANTÍGONO, EL TUERTO

La ambición, como Antígono había aprendido tarde en la vida, es una fuerza motivadora que se alimenta de sí misma y que engorda a partir de sus propios logros. Y era algo que a él le fascinaba.

No siempre había sido así. Antes de la muerte de Alejandro, el tercero de su nombre como rey de Macedonia, Antígono se había contentado con ser sátrapa de Frigia, después de que el gran hombre lo pusiera ahí para que completara la invasión de Anatolia central mientras él, Alejandro, cabalgaba hacia el este para seguir con su conquista. Y Antígono había sido feliz con su suerte, pues nada le complacía más que el sonido, el olor y el ardor de la batalla; su tienda de campaña era su hogar, sus hombres eran su familia y sus armas, sus herramientas. Durante años había vivido solo para el goce de combatir, hasta excluir prácticamente todo lo demás. Sí, había tomado esposa, Estratónice, y, sí, había encontrado tiempo para tener dos hijos con ella, pero la incursión en la vida doméstica, que había sido más una idea de último momento que un plan meditado, había tenido lugar cuando él ya tenía cuarenta y muchos años.

Pero ahora, a pesar del profundo placer que aún le proporcionaba la batalla, luchar por luchar ya no era suficiente, pues ahí estaba el trono vacío, y su deseo era apoderarse de él para que su hijo mayor, Demetrio, pudiera heredarlo y establecer así una dinastía. Era cierto que, técnicamente, había dos aspirantes a ese trono —o eso creía él en ese momento—, pero uno era un niño y el otro, un tonto. El niño, que llevaba el nombre de su padre, era el hijo de cinco años del matrimonio de Alejandro con la bárbara Roxana, y, por lo tanto, tenía la mácula de la sangre no macedonia.

El tonto era el medio hermano mayor de Alejandro, ahora conocido como Filipo, cuyo entendimiento quedó dañado por una posición que le había dado Olimpia, la madre de Alejandro, para favorecer el camino al trono a su propia descendencia. Olimpia no había logrado matar a Filipo, pero este se había quedado con la mente de un niño de ocho años. Antígono no podía inclinarse ante ninguno de los dos; de hecho, no podía inclinarse ante nadie, desde que Alejandro había exhalado su último aliento rodeado de sus siete guardaespaldas atentos a oírle nombrar al sucesor. Pero el Grande solo había dicho «*Al más fuerte*» mientras entregaba el Gran Anillo de Macedonia a Pérdicas, el más veterano de los siete, aunque no el de más edad, y había omitido decir quién podría ser «el más fuerte».

No pasó mucho tiempo antes de que el Imperio se sumiera en una guerra civil, y Pérdicas sucumbió a la espada de su asesino no mucho después.

Luego llegó la muerte, a los ochenta y dos años, del último hombre al que Antígono respetaba verdaderamente: Antípatro, el regente de Macedonia en ausencia de Alejandro. Y el sustituto de Antípatro no fue su hijo, Casandro, sino el inepto de Poliperconte, por quien Antígono no sentía ningún respeto. Así que la semilla de la ambición había crecido en él, ya que se había dado cuenta de que para que Macedonia no perdiera su poder este debía estar en manos de un solo hombre. La semilla había crecido hasta dar fruto, y ahora estaba en plena floración, pues estaba seguro de que el elegido podía ser él. De hecho, lo ansiaba con todo su ser.

Sin embargo, había muchos hombres que se interponían en su camino, entre ellos su antiguo amigo Eumenes, un griego de Cardia cuya lealtad a la casa real argéada de Macedonia era absoluta y que había incumplido recientemente un acuerdo con Antígono para servir bajo su mando. Eumenes había llevado su ejército al sur, desde su satrapía de Capadocia hasta Siria, para reclutar mercenarios y construir barcos. Antígono lo había perseguido con denuedo, pues ansiaba acabar con él. Nunca más podría haber confianza entre ellos.

Y así, con una mezcla de emociones, Antígono recibió a su viejo amigo, compañero y coetáneo Filotas mientras saciaba su

sed con vino resinado sentado bajo un dosel con vistas al campamento costero de su ejército en Issos, el lugar donde Alejandro había obtenido una impresionante victoria contra Darío de Persia quince años atrás.

—Supongo que, dado que no has traído a Eumenes encadenado, o al menos su cabeza en un saco, no has tenido éxito —observó Antígono, señalando a modo de invitación la jarra de vino que había sobre la mesa junto a él.

—Hice lo que me pediste: me infiltré en su campamento con treinta de nuestros soldados e intenté persuadir a sus hombres de que se volvieran contra él. —Filotas se sentó y se sirvió una copa.

—¿Y?

—Se ha ido, hace cinco días, y se dirige al este, hacia Mesopotamia.

Antígono gruñó y extendió su copa para que Filotas se la llenara.

—¿Con su ejército o solo?

—Con su ejército. Las noticias que llegan del este dicen que Peitón, sátrapa de Media, intentó colocar a su hermano como sátrapa de Partia, tras ejecutar al anterior. Peucestas y los demás sátrapas orientales formaron una alianza y lo derrotaron. Creo que Eumenes espera unir el ejército de treinta mil hombres de la alianza oriental con el suyo.

—Sería un rival que tener en cuenta. —Antígono reflexionó sobre la noticia durante unos instantes, rascándose la espesa barba gris como si intentara sacarse un pequeño roedor de ella—. ¿Y los Escudos de Plata no se plantearon siquiera abandonar a Eumenes?

—Intenté persuadirlos, pero no, no quisieron. Han demostrado ser sorprendentemente leales a él.

—Hay que tener en cuenta que es griego, y además un griego astuto. —*¿Cómo es posible que la unidad más selecta de todo el ejército acabe apoyando a Eumenes?*, reflexionó Antígono mientras miraba al mar con su único ojo; el otro, el izquierdo, un amasijo de cicatrices como consecuencia de un flechazo griego en la batalla de Quero-nea, derramaba una lágrima teñida de sangre—. ¿Qué razones te dieron sus comandantes de por qué lo apoyan?

—Antígenes y Teutamo creen que los ejecutarás si se pasan a tu bando. Me dijeron que, como él es griego y tiene pocos amigos, es más probable que quiera mantener a esos pocos vivos.

—¡Mis cojones! ¡Confían más en un griego que en mí! ¡Que en mis cojones peludos! Son oficiales macedonios como yo y no confían en mí. Espera a que les ponga las manos encima: los voy a... —Antígono se calmó con un trago largo.

—Eso es exactamente lo que piensan, viejo amigo, y tuve que admitir ante ellos que probablemente tenían razón.

—¿Que hiciste qué?

—Ya lo has oído. —Filotas se acercó y volvió a llenar la copa de Antígono—. No te indignes tanto, Antígono; tú y yo hemos luchado codo con codo en primera línea setenta veces, las suficientes como para conocerte bien. Claro que los habrías matado. La unidad de los Escudos de Plata es la más experimentada y temida de todo el ejército: tres mil hombres de sesenta años o más que no han conocido otra cosa que la guerra en toda su vida adulta, y, por eso, son los más respetados y los más influyentes. Fueron ellos quienes obligaron a Alejandro a regresar de la India; fueron ellos quienes respaldaron al tonto de Filipo para que fuera rey y nos metieron en este lío de tener dos reyes. Se rebelaron contra Antípatro por no pagarles este los salarios atrasados, ¿te acuerdas? Antípatro habría sido asesinado si tú y Seleuco no lo hubierais salvado. ¿Tengo que seguir? No, claro que no. Son problemáticos, y, si hubiera conseguido convencerlos de que se pasaran a tu bando, lo único sensato habría sido ejecutar a sus líderes y enviar a los demás a algún agujero perdido en los confines del Imperio, por el bien de la moral de todo el ejército y no solo para tu tranquilidad. Así que, viejo amigo, no te indignes.

Antígono gruñó y frunció el ceño, pero no dijo nada, pues se dio cuenta de que todo lo que Filotas había dicho era cierto. El quid de la cuestión era que Eumenes no podía sobrevivir sin los Escudos de Plata, pero Antígono sí, y eso lo entendían todos.

—Ptolomeo también envió una representación —continuó Filotas—, pero solo a Antígenes y Teutamo, no a los hombres, con la misma petición: matar a Eumenes y pasarse a su bando.

—¿Y no les apetecía ir a Egipto?

Filotas hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Tenían el mismo problema: sabían que Ptolomeo los habría matado en un santiamén y que a los Escudos de Plata los habría mandado lo más lejos posible Nilo abajo, y luego todos los habrían olvidado, excepto los cocodrilos.

*Oh, Ptolomeo, crees que eres el más astuto de los siete guardaespaldas de Alejandro, a salvo en tu fortaleza, Egipto; pero muy pronto también acabaré contigo.* Incluso mientras ese pensamiento cruzaba por su mente, Antígono sabía que, de los cinco guardaespaldas supervivientes de Alejandro, Ptolomeo era el que disfrutaba de mayor seguridad. Pérdicas, a quien Alejandro había confiado el Gran Anillo de Macedonia al pronunciar aquellas funestas palabras, fue asesinado por la arrogancia con la que pretendió adueñarse del Imperio; su intento de invadir Egipto selló su caída. Leonato, arrogante y vanidoso, había muerto en combate. Había tratado de socorrer a Antípatro, quien se encontraba sitiado por un ejército ateniense tras las murallas de Lamia cuando los griegos se rebelaron contra el dominio macedonio, poco después de la muerte de Alejandro. *¿Pero puedo atacar a Ptolomeo con Eumenes dirigiéndose al este para reunir apoyos allí?* Y ese era el problema que ahora se le planteaba a Antígono: si Eumenes conseguía el apoyo de Peucestas, sátrapa de Persia, y de la alianza oriental, así como de Seleuco, el nuevo sátrapa de Babilonia, un hombre ambicioso en ascenso —al que había que frenar—, entonces el pequeño griego tendría una fuerza formidable.

Antígono se puso de pie y contempló a su ejército en la llanura costera. Más de cincuenta mil hombres, casi diez mil de los cuales eran caballería. El humo, mezclado con el aroma del cordero asado y el pescado a la brasa, se elevaba de las miles de hogueras que salpicaban la vista. Respiró profundamente, deleitándose con el olor de un ejército en campaña. *Dioses, me encanta esta vida.* Miró hacia el norte, a lo largo de la llanura, donde, hacía tantos años, había comandado una parte de la falange —dieciséis filas de piqueros, el yunque del ejército macedonio frente al martillo de la caballería— cuando Alejandro había hecho que su ejército diera la vuelta para derrotar a los persas que los perseguían. Ese día Darío, el Gran Rey, había huido del campo de batalla y su reinado

había llegado a su fin. Antígono cerró los ojos y saboreó el recuerdo de un cuarto de millón de hombres en combate mortal. *Dioses del inframundo, qué día aquel; nunca volveré a ver nada así. Pero si Eumenes consigue aliados en el este, la batalla que se avecina podría ser parecida.*

Sonriendo ante esa idea, Antígono abrió su ojo y miró a Filotas.

—¿Y qué hay de la flota de Eumenes?

—Estaba estacionada en Rhosos, un par de leguas al sur a lo largo de la costa. Los convencí para que se unieran a nosotros tan pronto como vieron a tu flota llegar de su victoria en el norte. Es más, Eumenes ya había cargado su tesoro a bordo para transportarlo a Europa. Una verdadera lástima para él.

Antígono se frotó las manos y soltó una risita.

—Qué mala suerte. ¿Cuánto era?

—Treinta cajas de monedas, lingotes y joyas; aún no lo hemos contado en su totalidad. Está todo en Rhosos.

—Al menos quinientos talentos, diría yo —apuntó Antígono, mirando con satisfacción cómo el tesorero abría el último de los cofres abiertos en el palacio del puerto de Rhosos, tres leguas al sur de Issos. Le dio una palmada en el hombro a su hijo de diecinueve años, Demetrio.

—¿Qué te parece, muchacho? —Se inclinó y sacó un collar de oro con zafiros engastados de la caja más cercana—. Esto le vendrá muy bien a tu madre. Apaciguará su enfado por haberla dejado atrás en Celenas. Elige algo para Fila; se lo merece.

Demetrio, ya más alto que su padre, con un rostro bien afeitado y mucho más atractivo —aunque dominado por una nariz impresionante— y una abundante cabellera ondulada de color castaño oscuro, miró a Antígono con orgullo en los ojos.

—Sí, padre; sin duda se lo merece. Está embarazada.

Esto provocó una palmada más fuerte y una carcajada sincera.

—Bueno, lo has intentado con suficiente ahínco, hijo mío. Ahí estabas, preocupándote porque ella es diez años mayor que tú y sería difícil de manejar.

La mirada de orgullo se convirtió en dignidad herida.

—Nunca he tenido problemas para tratar con las mujeres. —Demetrio se apartó de la mano de su padre, que aún lo sujetaba por el hombro—. Y te agradecería que no insinuaras eso, padre, sobre todo en público. —Miró con ira al tesorero y a sus esclavos.

Antígono levantó las manos.

—No te ofendas tan rápido, Demetrio. Tuve que obligarte a casarte, ¿recuerdas? Fue una astuta jugada política concertar el matrimonio con una de las hijas de Antípatro, que casualmente era también la viuda de Crátero. —Antígono sostuvo la mirada de su hijo durante un momento y se preguntó qué habría pasado si a Crátero, el favorito del ejército y el general más exitoso de Macedonia después de Alejandro, no lo hubiera matado Eumenes en batalla. *Era la primera opción de Antípatro para sucederle como regente, en lugar de ese don nadie de Poliperconte. Si Crátero fuera regente, yo seguiría siendo solo el sátrapa de Frigia y recibiendo sus órdenes. Quizás Eumenes me hizo un gran favor al matarlo y, al final, debería estar agradecido al pequeño griego*—. Elige una joya para la madre de tu futuro hijo y no seas tan susceptible. —Se acercó a su hijo, señaló el tesoro y bajó la voz—. Y recuerda, Demetrio: financio la guerra de Casandro en Grecia contra Poliperconte. Una parte de esto, lo suficiente para garantizar su victoria y que quede en deuda conmigo, irá a sus manos. Sabiendo lo venenoso que es ese hombre, es lógico suponer que acabará con los reyes e intentará hacerse con el trono de Macedonia. Tu hijo será su sobrino, y él, por ahora, no tiene heredero. Una vez que hayamos asegurado Asia... —Antígono hizo un gesto a su hijo para que terminara la frase.

Demetrio lo pensó un momento.

—... pondríamos nuestras miras en el oeste y le quitaríamos Macedonia a Casandro.

—Y, de paso, lo mataríamos.

Demetrio sonrió con frialdad.

—Y mi hijo reclamará el trono y yo seré regente.

—No, Demetrio, tú serás rey. Rey de Macedonia y su imperio. Y tu hijo heredará el título, uniendo la familia de Antípatro y la nuestra y haciendo que sus derechos sean incontestables tras la muerte de los herederos argéadas. Y así se fundará nuestra dinastía.

Demetrio abrió mucho los ojos ante la magnitud del sueño de su padre.

—¿Aspiras a todo eso?

—Sí, hijo mío, a todo.

—¿Incluso a acabar con Ptolomeo en Egipto?

—Especialmente a acabar con Ptolomeo en Egipto. De lo contrario tendremos que luchar continuamente contra él por el control de Siria y Chipre. La pregunta es: ¿lo derrotó antes o después de acabar con Eumenes y conquistar el este?

—¿Y qué hay de Lisímaco en Tracia?

Antígono desdeñó con un gesto el nombre del más cruel de los guardaespaldas de Alejandro.

—Se contentará con jurarnos lealtad siempre que lo dejemos en paz en Tracia. Es muy feliz luchando contra las tribus del norte y presumiendo de cómo nos mantiene a todos a salvo de una invasión de esos bárbaros. Si le damos oro para que pueda seguir construyendo sus fortalezas allí, no nos molestará.

—¿Y Olimpia?

—Ahí es donde tenemos que ser inteligentes. Ven, demos un paseo. —Llevó a Demetrio al patio del palacio, con vistas al puerto—. Has oído hablar de Arquias, el cazador de exiliados, ¿verdad?

Demetrio asintió.

—El otrora actor convertido en cazarrecompensas, por su puesto.

—Bien, pues hace un par de meses Ptolomeo, por una cantidad exorbitante de oro, lo convenció de que viajara a Macedonia y revelara a Olimpia cuál fue su participación en la muerte de Alejandro.

Demetrio miró a su padre con una mezcla de curiosidad y sorpresa.

—¿Y cuál fue?

—Cuando el viejo Antípatro envió a Casandro a Babilonia para poder confirmar que Alejandro deseaba sustituirlo por Crátero, Arquias viajó con él hasta Tarso. Allí le facilitó un veneno a Casandro, quien luego viajó a Babilonia. Resulta que Alejandro murió poco después de la llegada de Casandro. Yolas, el medio

hermano menor de Casandro, era el copero de Alejandro, y, por lo tanto, le preparaba las bebidas. —Antígono hizo una pausa para que se asimilara el significado de sus palabras mientras observaba un elegante y veloz *lembus*, una pequeña embarcación sin cubierta, deslizarse por la entrada del puerto. Entrecerró los ojos ante el resplandor del sol sobre el mar en calma.

Demetrio no decepcionó a su padre.

—Olimpia siempre ha afirmado que Alejandro fue asesinado por Antípato o por alguien de su familia, pero nunca ha tenido pruebas. Hasta ahora.

Antígono sonrió.

—Ahora lo sabe con certeza. Aunque se trata de pruebas circunstanciales y no definitivas, para ella es suficiente.

—Hará todo lo posible por vengarse.

—Lo hará, y todos sabemos lo vengativa que es, pero nadie puede actuar contra ella porque, como madre de Alejandro, es intocable. Ni siquiera Antípato intentó matarla cuando ella conspiró contra él durante los diez años que Alejandro estuvo fuera. Nadie puede matarla... —Antígono dejó la frase en el aire.

—... excepto alguien que odiaba a Alejandro con toda su alma. Alguien que sabe que, si no la mata, ella lo matará a él y a toda su familia. Casandro tendrá que acabar con ella. —Demetrio miró a su padre con admiración—. Muy inteligente por parte de Ptolomeo.

—Sí, le concederé el respeto que merece por ello a regañadientes. Así que ya ves, Demetrio —continuó Antígono mientras observaba a una figura saltar del *lembus* al muelle antes incluso de que el barco atracara—: tenemos a alguien en el oeste que cree que está mejorando su posición al declarar la guerra a Poliperconte y, por defecto, a Olimpia, pero que en realidad nos está allanando el camino para cuando acabemos con Eumenes y Ptolomeo; en definitiva, una situación muy satisfactoria. Y ahora... ¿por qué no eliges una joya para tu esposa, que, a pesar de su avanzada edad, ejerce una función importante en nuestro plan?

—Sí, padre, lo haré.

—¡Antígono! —gritó Filotas al entrar en el patio, con un pergamino en la mano—. Esto acaba de llegar de parte de Casandro.

Antígono cogió la carta y la leyó, moviendo los labios al tiempo que lo hacía.

—Bueno, las cosas están empezando a avanzar a buen ritmo.

—¿Qué pasa, padre? —preguntó Demetrio.

—Casandro me dice que sus espías lo han informado de que el necio del rey Filipo y su problemática esposa, Adea, han sido asesinados por Olimpia, junto con cientos de partidarios y parientes de Casandro. Olimpia también ha profanado las tumbas de su familia y ha asesinado al hermano, a la madrastra y a dos jóvenes medio hermanos de este. Casandro se desplazará hacia el norte tan pronto como haya acabado con el hijo de Poliperconte, Alejandro, en el Peloponeso, y se vengará. —Sonrió, sacudiendo la cabeza—. Olimpia acaba de firmar su sentencia de muerte. —Le pasó la carta a su hijo—. Parece que tenemos motivos para estarle agradecidos. Compruébalo tú mismo.

—¿Enviarás más tropas para ayudar a Casandro? —preguntó Demetrio tras leer la carta.

—Ni hablar. No quiero que se haga demasiado poderoso. Le enviaré oro para contratar mercenarios y para sobornos, pero nada más. Y le recordaré que quiero que me devuelva a mis hombres y mi flota tan pronto como haya matado a Olimpia y haya tomado Macedonia.

—¿Crees que lo hará?

—No, lo que me dará la excusa que necesito para invadir el territorio que controla.

—¿Y Ptolomeo?

—Si es necesario, podría forjar una alianza de conveniencia con él mientras me ocupo de Casandro. Todo esto me ha aclarado lo que tengo que hacer ahora: dejar a Ptolomeo en paz por el momento, por si lo necesito más adelante, y, por otro lado, seguir a Eumenes y derrotarlo antes de que consiga unir el este.

—Es un poco tarde para iniciar otra campaña este año, ¿no?

*Buen chico, siempre pensando.*

—Tardaremos un mes en llegar al Tigris. Pasaremos el invierno allí, en Mesopotamia, y aprovecharemos ese tiempo para reabastecernos y para que Nearco construya una flota fluvial, de modo que podamos tener todo el ejército en Babilonia para el equinoc-

cio de primavera. Entonces, utilizando esa ciudad como base, nos dirigiremos hacia el este.

—Mientras tanto, Casandro se ocupará de Olimpia por nosotros.

Antígono sonrió a su hijo y lo agarró del hombro de nuevo.

—En efecto; para cuando regresemos al oeste, la madre de Alejandro habrá muerto y la casa real argéada estará un paso más cerca de su extinción.



## OLIMPIA, LA MADRE

Para Olimpia fue un puro deleite saciar su sed de venganza con la sangre de sus adversarios, que eran muchos, ya que a lo largo de su vida había encontrado más placer en hacerse enemigos que en cultivar amistades. ¿Para qué necesitaba amigos si era la madre de Alejandro? Alejandro ya había muerto, pero, a pesar de ello, ella seguía sin hacer ningún esfuerzo por congraciarse con el pueblo al que gobernaba *de facto*. Ahora tenía en su poder el Gran Anillo de Macedonia y era la regente de su nieto, el rey de cinco años con el mismo nombre de su padre. Poliperconte, el sucesor designado por Antípato para la regencia, había abdicado de tal responsabilidad en favor de Olimpia, y ella lo había aprovechado: había tomado el anillo y se lo había colocado en el dedo índice para mantenerlo en alto mientras admiraba tan formidable símbolo de poder.

Desde el corazón del palacio de Pella, la capital de Macedonia, Olimpia había reforzado su control sobre el trono, de modo que todos, salvo unos pocos, vivían atemorizados por ella. Ahora, a sus cincuenta y muchos años, con el pelo, teñido de negro, recogido —salvo por unos rizos a ambos lados de la cara— sobre su cabeza y adornado con joyas y horquillas de oro, seguía siendo una mujer llamativa, elegante y peligrosa.

—No me hables así, Tesalónica. —La voz de Olimpia era baja y amenazante. Sus ojos, delineados con kohl, eran como rendijas, como los de las serpientes a las que rendía culto, mientras miraba desde su trono elevado a la mujer que tenía delante, de poco más de veinte años, pero que irradiaba una fuerza que desmentía su edad.

Tesalónica, la hija adoptiva de Olimpia después de que esta envenenara a su verdadera madre, una esposa rival de Filipo, el segundo con ese nombre, se mantuvo firme ante la creciente ira de Olimpia.

—No has estado escuchando, madre. Estás demasiado centrada en matar a cualquiera que pudiera haberte mirado de forma extraña hace treinta años.

—Solo me tomo la venganza que me corresponde.

—No es algo exclusivamente tuyo. Casandro pronto se ocupará del hijo de Poliperconte, Alejandro, en el Peloponeso; el asedio dura ya cuatro meses. Tegea caerá pronto, y, cuando lo haga, Casandro vendrá al norte y buscará la venganza que cree que le corresponde a él.

—¡Bah! —Olimpia desdeñó la sugerencia con un gesto—. Eumenes llegará antes con su ejército y aplastaremos a Casandro entre los dos.

—Entonces ¿dónde está? Deberíamos haber tenido noticias de su llegada a Grecia hace días. Tiene barcos, y el tiempo ha sido clemente. No hay ningún motivo para que se retrase. —Tesalónica hizo una pausa para enfatizar sus palabras y le sostuvo la mirada a Olimpia—. A menos que...

—¿A menos que qué?

—A menos que la flota de Antígono haya abandonado el Helesponto, se haya dirigido al sur y lo haya derrotado.

*Tiene razón*, pensó Olimpia mientras daba golpecitos con el dedo índice en el brazo del trono. *Ha pasado casi un mes desde que Poliperconte perdió su armada al atacar la flota de Antígono en el Helesponto. Antígono ya habría tenido tiempo de hacer las reparaciones necesarias.*

—Si estás en lo cierto, entonces no podemos esperar a Eumenes.

—No, no podemos, y, en ese caso, no habrá nada que impida a Casandro venir al norte, ya que no tenemos una flota que se enfrente a la suya.

—Que venga. Le sacaré los ojos, le arrancaré los testículos y se los meteré en las cuencas vacías.

—Madre, te estás dejando llevar por las emociones y no por el pragmatismo.

—¡Por supuesto que sí! Ese cobarde con la cara marcada por la viruela asesinó a mi hijo. ¡A mi hijo! El más grande que jamás haya existido, asesinado por un hombre que ni siquiera tiene derecho a recostarse en la mesa porque aún no ha matado a un jabalí en una cacería. ¡Bah! Por supuesto que respondo emocionalmente.

ᾒtesalónica inspiró hondo y miró a Poliperconte, sentado, casi imperceptible, en la mesa del consejo de la sala del trono.

—Él no te ayudará —se burló Olimpia—. Hará lo que yo le diga, como un sabueso obediente.

—Entonces dile que se haga con todos los barcos que pueda encontrar, que reúna al ejército y que guarnezca los pasos de Tesalia a Macedonia para detener a Casandro en el terreno que nosotros elijamos y derrotarlo allí. Si entra en Macedonia, el pueblo se unirá a él.

—¿A Casandro, el asesino de Alejandro? ¡Bah! El pueblo de Macedonia nunca lo apoyaría contra la madre de Alejandro.

—Sí lo harían, madre. No te quieren, y tú lo sabes.

*Tiene razón otra vez. Puede que me teman, pero eso no basta para que se unan a mi causa. Puede que odien a Casandro, pero me detestan más a mí. ¿Pero qué me importan el amor o la opinión del pueblo? Lo que quiero es a Casandro, no amor.*

Olimpia volvió la mirada hacia Poliperconte.

—¿Y bien? ¿Derrotará pronto Casandro a ese inútil hijo tuyo?

Poliperconte, canoso, calvo y delgado, estaba destinado a seguir a un líder en lugar de liderar él, de ahí su disposición a renunciar al anillo. No vaciló mucho en contestar, pues era un maestro de los detalles, un consumado segundo al mando.

—Sin Eumenes para socorrer a Tegea, esta caerá. Alejandro quizá pueda escapar, pero la mayoría de sus hombres supervivientes se unirán al ejército de Casandro, y, entonces sí, este vendrá al norte siendo aún más poderoso que antes. Sin una flota que se le oponga, conseguirá llevar a su ejército más allá de las Termópilas, lo que hará que el costoso acuerdo al que llegamos con los etolios para que defendieran el paso contra él no servirá de nada.

Olimpia frunció el ceño.

—Pero aún tenemos hombres más que suficientes para hacerle frente. Tenemos a tu ejército, y el de mi pariente, el rey Eá-

cides, sigue acampado al oeste del país y no regresará a Épiro hasta después del compromiso matrimonial de mi nieto con su hija. Y luego están los hombres de Aristonoo.

—Aristonoo ha regresado a sus propiedades y se ha llevado a sus hombres con él, como bien sabes, madre —dijo Tesalónica, apretando los puños a los lados—. Tu comportamiento, al asesinar a Adea y a Filipo y a todos los seguidores de Casandro, le repugná.

—¡Se merecían morir!

—Para un hombre con el sentido del honor de Aristonoo no se lo merecían.

—Es un hombre débil, el único de los siete guardaespaldas de mi hijo que se retiró a sus propiedades en lugar de aceptar una satrapía.

—Quizás sabía lo que iba a pasar y no quiso formar parte de ello.

—Bueno, ya forma parte de ello. Le ordenaré que regrese a Pella inmediatamente. Poliperconte, ocúpate de hacerlo ahora mismo. —Poliperconte asintió. Olimpia lo miró con ira—. ¿Por qué sigues ahí sentado, viejo? He dicho que ahora mismo. ¡Vete!

Poliperconte se puso en pie de un salto y salió corriendo de la habitación. Olimpia hizo un gesto de negación con la cabeza mientras lo veía marcharse y luego volvió a centrar su atención en su hija adoptiva.

—Aristonoo puede encargarse de nuestra defensa cuando regrese; no se la confiaría a ese calvo insignificante.

—Si Aristonoo se niega a venir, Poliperconte puede ser tu única opción, así que ordénale que empiece a reunir al ejército y lo lleve al sur, a la frontera.

Olimpia luchó contra su renuencia a actuar siguiendo una propuesta que no venía de sí misma antes de asentir a regañadientes.

—Y dile a Eácides que más le vale no llevar su ejército de nuevo a Épiro, porque lo vas a necesitar.

—Hablaré con mi primo cuando llegue mañana para la celebración del compromiso.

No fue para nada festiva la bienvenida que recibió Eácides, rey de Épiro, cuando entró por la puerta occidental de Pella a la tarde

siguiente, con una corona en la cabeza y un manto púrpura con bordes dorados sobre los hombros. Muchas personas se habían congregado en las calles. De hecho, toda la población había salido a ver al rey, pero no era por curiosidad, ni por amor ni por respeto: se les había ordenado hacerlo. Se había promulgado un edicto la noche anterior: todos los que no lo acataran se enfrentarían a un castigo, a menos que pudieran demostrar que tenían una ocupación que no podían abandonar durante un período de tiempo prolongado. Sí, lanzaron vítores cuando el corpulento joven rey entró en la ciudad a caballo acompañado, a un lado, de un carruaje en el que se encontraban su hija de siete años, Deidamia, junto a su madre, Ftía. Tras ellos, avanzaba una *ile* de doscientos hombres de la caballería de los Compañeros, armados al estilo macedonio —con una lanza y sin escudo—, seguidos por un *syntagma* de doscientos cincuenta y seis falangitas, con picas, de nuevo idénticos a sus equivalentes macedonios. Todas las tropas llevaban flores atadas a sus armas, y los caballos estaban adornados con altas plumas y cintas de muchos colores.

Los soldados saludaban a la multitud con gritos de júbilo y agitando la mano mientras marchaban, pero los ciudadanos les devolvían vítores forzados sin alegría en sus rostros, a pesar de que los flautistas, los tamborileros y el coro entonaban una animada marcha. La procesión avanzó por la vía principal, recta como el asta de una lanza, hacia el ágora, en el centro de la ciudad, trazada en forma de cuadrícula. Allí, entre la multitud —cuyo escaso entusiasmo disminuía por momentos—, el desfile giró hacia el norte, en dirección al palacio, situado en las afueras de la ciudad.

Olimpia esperaba en lo alto de la escalinata principal, de mármol antiguo desgastado por el uso, junto a unas imponentes puertas dobles de roble tachonadas de bronce, ambas abiertas, que guardaban un gran salón tras ellas. Una guardia de honor formada por la élite de los hipaspistas, con corazas, yelmos y escudos de bronce pulido grabados con el emblema de armas de Macedonia —una estrella de dieciséis puntas— se alineaba en cuatro filas a lo largo de la escalinata, con sus plumas de crin roja y sus capas ondeando al viento mientras sostenían con fuerza largas lanzas, rígidas y verticales a los lados.

Las manos de Olimpia descansaban sobre los hombros de su nieto de cinco años. La madre del niño, Roxana, había sido confinada, entre chillidos y zarpazos al aire de sus largas uñas, a sus aposentos, y ahora estaba encerrada y custodiada por dos enormes soldados. Aquella escena le había dado a Olimpia mucha satisfacción, pero la situación actual le proporcionaba muy poca.

—¿Por qué se muestra la gente tan hosca? —le preguntó a Tesalónica, que estaba tras ella, cerca de su hombro derecho—. Se les ha dicho que aplaudan y celebren el próximo compromiso. Y en cambio, míralos. —Mientras pasaba Eácides, Olimpia señaló a la multitud, cuyos saludos débiles y ovaciones superficiales evidenciaban su falta de entusiasmo—. Debería ahorcar a algunos para que el resto mostrara más alegría.

El suspiro de Tesalónica se oyó claramente.

—Oh, madre, qué poco sabes de la gente común de Macedonia.

—La gente común, como tú los llamas, debería hacer lo que se le dice. Y se les ha dicho que estén felices.

—¿Y de qué tienen que estar felices?

—Estoy a punto de asegurar el futuro de la dinastía argéada mediante este compromiso matrimonial.

—No son estúpidos. Lo que ven que estás asegurando es tu puesto como regente para gobernarlos durante los diez próximos años, y, viendo tus logros en menos de un mes y conociendo tu reputación, no les gusta la idea.

—¿Mi reputación?

—Como asesina sedienta de poder, sí.

Olimpia se giró para mirar a su hija adoptiva, tirando al suelo al joven Alejandro al hacerlo.

—¡Cómo te atreves a hablarme así, a mí, la madre de Alejandro!

—Me atrevo, madre, porque necesitas oír la verdad sobre ti misma. Las dos sabemos que mataste a mi verdadera madre y que ella es solo una más en tu lista de víctimas, y las dos sabemos que te pasas todo el tiempo intrigando, tratando de obtener gobierno, lo que te convierte en una asesina sedienta de poder, y la gente desconfía de ti. Y no, ser la madre de Alejandro, como no paras

de recordar a todo el mundo de forma inútil, no te da el derecho a hacer lo que te plazca y ser amada o respetada a pesar de todo.

La mano derecha de Olimpia impactó con fuerza en la mejilla de Tesalónica, quien se tambaleó, agarrándose la cara, dio un paso hacia atrás con la pierna izquierda para mantener el equilibrio y luego se enderezó. Con los ojos fríos y una sonrisa helada, miró a Olimpia.

—Algún día te arrepentirás de esto, Olimpia. Lo juro.

*Quizá mi reacción ha sido un poco precipitada, pero la muy zorra se lo tenía merecido.*

—No hay nada que puedas hacer para asustarme.

—Oh, ya se me ocurrirá algo, no te preocupes. —Tesalónica se agachó y ayudó al rey, que lloraba, a ponerse en pie—. Vamos, Alejandro; los reyes no lloran, ¿verdad? —Alejandro la miró, con un par de sollozos y movió la cabeza de lado a lado en un gesto de negación. Tesalónica le revolvió el pelo negro y luego le acarició la piel tostada de su mejilla—. Buen chico. —La joven lo devolvió a los brazos de Olimpia, y observó a esta fijamente con una mirada helada durante un momento antes de volver a su posición detrás de su madre adoptiva, mientras Eácides llegaba al pie de la escalera y desmontaba de su caballo.

Olimpia esbozó una sonrisa fría y sombría y tendió una mano hacia él.

—Eácides, rey de Épiro —empezó en voz alta y clara para que se oyera hasta el final de la multitud—, te damos la bienvenida a Pella. —*Cada vez que lo veo tiene peor aspecto.*

Hinchado por el exceso de vino, con las mejillas caídas, el cabello ralo y el rostro con manchas de vejez prematuras, todo lo cual le echaba encima diez años más de los veintitrés que tenía, Eácides subió los escalones con paso vacilante y estrechó la mano que le tendían.

—Reina Olimpia, prima, es un placer estar aquí.

*No puedes soportar verme, como yo tampoco puedo soportar verte a ti.*

—Esperamos con ilusión unir nuestras casas con el compromiso matrimonial de tu hija, Deidamia, con mi nieto, Alejandro, el cuarto de su nombre en Macedonia—. Levantó los brazos hacia la multitud como animando a los allí congregados a que la ova-

cionaran y, una vez más, se sintió decepcionada y enfurecida por la respuesta. Dio una patada en el suelo, se giró y, con una brusquedad que sorprendió a todos, se retiró al interior de palacio.

Tesalónica miró la figura de su madre adoptiva mientras se alejaba y esbozó una leve sonrisa antes de volverse hacia Eácides y hacerle un gesto para que siguieran a Olimpia.

—¿Vamos?

—Y así, ante los dioses y ante los presentes, declaro que este hombre, Alejandro, y esta mujer, Deidamia, quedan comprometidos. —Eácides, el padre de la novia, miró desde arriba con sus porcinos ojos enrojecidos a los dos niños desconcertados que estaban ante él. Se cogían de la mano, simbólicamente unidas sus muñecas por una correa de cuero. Tesalónica y el puñado de nobles que gozaban del favor de Olimpia (en tanto que se les había permitido seguir con vida) actuaron como testigos—. Se casarán tras la primera luna de mi hija, cuando ya sea mujer. Según lo acordado, como dote proporcionaré mil cabezas de ganado y cien talentos en plata y oro.

Mientras Eácides continuaba enumerando la dote, Olimpia miró con desagrado al rey de Épiro, su antiguo pupilo, que había ascendido al trono siendo menor de edad después de que el primo de Eácides muriera en una campaña en la lejana península itálica. Olimpia lo odiaba desde que él había alcanzado la mayoría de edad y ella se había visto obligada a apartarse como regente de Épiro. Para agravar la ofensa, él le había prohibido ocupar un asiento en la mesa del consejo, negándole lo único que ella ansiaba: el poder. *Con suerte, beberás hasta morir. A menos, claro está, que yo decida envenenarte.* Consideró la idea durante unos instantes. *Quizás dentro de unos años podré...*

Se oyó el chillido de una voz aguda desde la puerta de la sala:

—¡¿Qué es esto?! ¿Por qué se me ha impedido asistir a la ceremonia y a la bienvenida?

Olimpia se volvió y vio a Roxana, la madre de Alejandro, rasguñando la cara de un guardia que intentaba evitar que entrara. *¿Cómo ha salido? Habrá un duro castigo para los dos idiotas que dejé en la puerta.*

—Apártate de mi camino —siseó Roxana, intentando arañar los ojos del hombre con sus manos como garras.

—Dejad que pase —ordenó Olimpia.

Roxana escupió a su víctima, el guardia, mientras este se apartaba, con la cara ensangrentada, y entró en la estancia, con sus ojos oscuros brillando entre el velo y un alto tocado. Se quedó de pie y señaló a Olimpia, con un trozo de piel ensangrentada de la cara del guardia colgando de sus largas uñas.

—Me excluyes, me rechazas y me robas a mi hijo. Y ahora no me permites verle prometiéndose. Soy una reina, y una reina debe estar en el centro de todo.

Olimpia sonrió sin calidez.

—Oh, querida, ¿tus guardias no recibieron el mensaje de dejarte salir? Haré azotar al esclavo que llevó dicho aviso. —*Más bien a los idiotas de los guardias*—. Por cierto, ¿dónde están, tus guardias?

Los ojos de Roxana delataron una expresión triunfante bajo su velo.

—Me compadecí de ellos y envié a mis esclavos para que les llevaran comida y bebida.

*Qué tontos por confiar en un regalo de esta gata salvaje. Por muchas veces que lo advierta, todos siguen haciéndolo.*

—¿Están muertos entonces?

—A estas alturas sí.

—Bueno, ya que estás aquí... —Olimpia le indicó a Roxana que se sentara junto a Alejandro. Cuando su madre le puso una mano en el hombro, el niño se estremeció. Sus ojos, tan oscuros como los de ella, miraron alrededor como si buscaran a un amigo, pero no encontraron a nadie. *Mira el poco amor que te tiene.*

Eácides carraspeó y continuó, ansioso por llegar a la parte de la ceremonia en la que se bebía.

—Además, sellaré una alianza por la cual Épiro se comprometerá a defender el trono de mi futuro yerno frente a toda amenaza, interna o externa.

—Harás más que eso, Eácides —dijo Olimpia—. Dejarás aquí tu ejército para que yo pueda utilizarlo contra Casandro. —Eácides parpadeó rápidamente mientras la miraba con sorpresa—. Te lo devolveré una vez que Casandro haya muerto.

—Pero eso dejará a Épiro sin defensa...

—Intenta no ser tan obtuso, Eácides, no le sienta bien a un rey. Macedonia es el único país que podría atacarte, ¿y por qué iba a hacerlo? Creo que puedes bloquear las incursiones esporádicas de las tribus ilirias del norte con las guarniciones que dejaste atrás. —Eácides fue a abrir la boca para hablar—. No aceptaré un no por respuesta.

—Soy el rey de Épiro y no recibo órdenes de nadie.

—Te equivocas, Eácides. Recibes mis órdenes. Eso, si quieres que tu pequeño hijo, Pirro, tenga un reino que heredar.

—¿Me estás amenazando?

—Buena observación. Sí, te estoy amenazando, otra vez. Aunque en realidad no debería hacerlo, ya que te conviene dejar aquí a tu ejército para ayudar en la guerra contra Casandro.

—¿Por qué?

—Piénsalo. Si Casandro conquista Macedonia, sin duda querrá que en el trono de Épiro se sienta alguien que no tenga ninguna relación conmigo. ¿No crees, primo?

Eácides reflexionó sobre la idea, con el rostro crispado mientras calculaba.

—Muy bien —dijo finalmente—. He decidido quedarme con el ejército de Épiro dentro del reino de Macedonia para salvaguardar los intereses de mi hija.

Olimpia sonrió a su pariente.

—Es una idea muy buena, Eácides. Puedes quedarte con ellos en el oeste del país, cerca de tu frontera, por si Casandro intenta sorprendernos lanzando un ataque hacia el interior en lugar de venir por la costa.

Eácides murmuró algo inaudible. Ignorándolo, Olimpia miró a los dos niños, que parecían aún más desconcertados que antes, y les desató las manos.

—Ahora, mis pequeños, es hora de que os despedáis por el momento. Y recordad que dentro de seis o siete años estaréis casados. Despidete de Deidamia, Alejandro.

Alejandro miró a su prometida, dos años mayor que él, medio palmo más alta y mucho más pálida.

—Adiós, Deidamia.

—Dile lo contento que estás de que haya aceptado ser tu esposa.

—Me hace feliz que seas mi esposa.

Deidamia lo miró con sus serios ojos azules.

—Ya lo veremos, Alejandro, aún queda mucho tiempo.

*La niña promete si es capaz de razonar así a los siete años.* Olimpia se inclinó para besarla en la mejilla y luego tomó la mano de Alejandro.

—Dame al niño —siseó Roxana desde detrás de su velo.

—¿Para que puedas aterrorizarlo y mimarlo por igual? No, Roxana, ya no participas en su educación. Se criará como un rey macedonio y no como un potentado oriental malcriado con inclinación por los chicos y los sorbetes.

Roxana bufó. Su velo se agitó.

—Algún día me vengaré, Olimpia. Lo juro con todo el acero de mi corazón.

—Ten cuidado con lo que deseas, zorra: soy la única persona que te mantiene con vida. Que los dioses te ayuden si caes en las garras de Casandro.